

LA OPOSICIÓN Y LOS INTELLECTUALES EN MÉXICO

Francisco José PAOLI BOLIO

SUMARIO: I. *Perspectiva histórica*; II. *Conocimiento y poder*; III. *Los intelectuales en México*.

I. PERSPECTIVA HISTÓRICA

La significación política de los intelectuales es muy antigua. Platón, precursor de utopías, los presentó en su caracterización de amantes del conocimiento o filósofos. Postulaba que ellos debían estar en el gobierno de la ciudad. Pero Platón se equivocó. Sólo excepcionalmente los filósofos han estado directamente en el ejercicio del poder político. Los hombres de pensamiento más bien han sido consejeros del Príncipe, tal como teórica y existencialmente lo postuló el florentino Nicolás Maquiavelo.

Antes de Maquiavelo, en la Edad Media, los hombres educados de la Iglesia eran los consejeros de los señores feudales. Y es que la Iglesia tomó a su cargo la preservación y el desarrollo del conocimiento, materia prima del trabajo intelectual. Agustín de Hipona y Tomás de Aquino son de los intelectuales más representativos e influyentes de la cristiandad y de su tiempo.

A partir del Renacimiento, las sociedades empiezan a registrar un proceso de secularización, lo que abrió el campo para que los consejeros del poder fueran laicos. Entre los grandes pensadores políticos de la Ilustración, Thomas Hobbes desarrolló una perspectiva que combatió el derecho divino de los reyes y proporcionó elementos seculares para justificar la monarquía absoluta de príncipes enfrentados al poder del papado. "La secularización —nos dice el sociólogo Gouldner— es importante... porque es una infraestructura sobre la cual se desarrolla la gramática de la racionalidad, o cultura del discurso crítico, con su característico énfasis en la autofundamentación."¹

¹ Gouldner, Alvin W., *El futuro de los intelectuales y el ascenso de la nueva clase*, Madrid, Alianza Editorial, 1985, p. 12.

La importancia de los intelectuales y su vinculación simbiótica con quienes ejercen la autoridad pública, o con quienes lo impugnan con el propósito de relevar a los primeros (oposición), crece notoriamente a partir de que emerge y se consolida lo que se ha llamado la fundamentación *inmanente del poder*. Esta corriente que se inicia con Maquiavelo, por lo cual se le refiere como padre de la ciencia política, amplía su perspectiva con Hobbes y luego con otros pensadores de la Ilustración como Locke, Montesquieu y Rousseau, que presentan explicaciones políticas a partir de tesis que no recurren a la voluntad divina para fundamentar el origen, sustento y justificación de las autoridades públicas. Así pues, en las sociedades occidentales desde el Renacimiento, pero patentemente desde la Ilustración, la presencia e importancia política de los intelectuales se viene fortaleciendo.

Los intelectuales del Renacimiento y los de épocas posteriores, desarrollan una conciencia, que si bien no los lleva siempre a romper con quienes ejercen el poder, sí les permite en general tomar cierta *distancia crítica* de ellos, con lo cual incluso se convierten en apoyos verdaderamente útiles de los dirigentes políticos. Hay personas que se presentan como intelectuales, pero su actitud en exceso obsecuente y su condición dependiente del poderoso, no les permite asumir una posición propia; no consiguen siquiera aportar elementos de juicio distintos de los que se le ocurren al propio líder o gobernante, por lo que más bien su trabajo consiste en encontrar racionalizaciones o justificaciones para decisiones ya tomadas.

Esa *distancia crítica* es un elemento fundamental, constitutivo de los intelectuales como categoría social crecientemente reconocida de las sociedades modernas, que asume roles específicos, cada vez más necesarios para el funcionamiento y desarrollo de las sociedades. Desde luego, esa distancia tiene grados, pero se requiere que los intelectuales tomen siempre alguna significativa para analizar y diagnosticar sobre diversos aspectos de la realidad social y política.

Entre los factores que influyeron para que se produjera la *independencia como condición del trabajo intelectual*, estuvo en primer lugar su compromiso cada vez mejor entendido con el conocimiento que conquistaban y que podemos referir como la verdad a su alcance, porque la verdad en materia de conocimientos científicos, humanísticos o de posiciones estéticas está constantemente sujeta a reformulaciones y cambios, en función de las circunstancias en las que se ubican y de los nuevos conocimientos o paradigmas del conocimiento que surgen. La valoración del conocimiento y sus aplicaciones empezó a ser parte de la vida social misma, de su explicación, configuración, ordenamiento y posibilidades de

transformación. El conocimiento como algo que es superior a los intereses políticos o económicos, de grupos o gobiernos, ha venido entendiéndose progresivamente como algo constitutivo de la vida humana civilizada. El conocimiento siempre en proceso de verificarse, perfeccionarse, evaluarse, reformularse y que sólo se puede sujetar a su lógica interna, autosostenida y, por tanto, no dependiente de otros factores que condicionan su percepción; sobre todo su aplicación, que no son tampoco su impulso ni guía fundamental.

Pero no es sólo la fuente ética la que genera y refuerza esa independencia de los intelectuales. Otro factor son las posibilidades que tuvieron los intelectuales para viajar y lograr perspectivas de mayores alcances, porque tomaban en cuenta realidades distintas. En tiempos anteriores, disponían fundamentalmente de visiones estrechas y simplistas que imponía el encierro feudal. La amplitud de horizontes se obtiene mirándolos desde distintos pueblos y culturas. Aristóteles y Montesquieu, para mencionar a dos muy principales, adquirieron su perspectiva cultural y política ojeando constituciones y costumbres de muchas naciones.

Debe considerarse otro factor que permite su desarrollo: el surgimiento de un *mercado* amplio y de larga distancia para sus argumentaciones y tesis. Esto empieza a producirse en el Renacimiento y avanza notoriamente con el comercialismo y el crecimiento de las economías de mercado.

Hoy día, la ampliación de ese mercado a niveles de regiones muy amplias, o incluso planetario, representa una condición para el desenvolvimiento muy rico de conocimientos, enfoques y aplicaciones.

El desarrollo de los medios de comunicación y de las computadoras unidos (telemática) coloca a los equipos científicos y en general a los intelectuales, en un eje estratégico para el sostenimiento de la vida humana en sociedad.

Este actor social es identificado como la *inteligencia (intelligentzia)*, a partir del siglo XIX, en que un grupo especialmente crítico se organizó en la Rusia zarista. Al respecto Gouldner recuerda: "El término fue usado en Rusia, durante el decenio de 1860, para referirse a una élite consciente de sí misma, formada por los hombres cultos, y que se caracterizaba por sus tendencias críticas frente al *statu quo*; el término 'intelectuales' se puso de moda con el 'Manifiesto de los Intelectuales' que protestaron por la persecución de Dreyfus por el gobierno francés."²

A partir de entonces la caracterización de los intelectuales como una fuerza social que se ejerce a través del análisis y la crítica, quedó establecido. Hubo algunos intelectuales paradigmáticos que con sus acciones

² *Op. cit.*, p. 82.

tipificaron formas de acción y reacción intelectual para el mundo occidental. Entre ellos puede mencionarse a Víctor Hugo, que realizó fuertes críticas a Napoleón III, a quien llamó "el pequeño".

II. CONOCIMIENTO Y PODER

El intelectual realiza una serie de funciones que pueden sintetizarse así: reproduce, preserva, sistematiza, distribuye y aplica el sistema cultural de una nación. En la actualidad, los intelectuales influyen no sólo en su nación, sino que con el desarrollo comunicativo, sus ideas y hallazgos penetran ámbitos mayores.

Se considera que los intelectuales son la conciencia de la sociedad. Dentro del sistema cultural destaca el trabajo de los científicos y de quienes crean la tecnología, que es la aplicación de la ciencia, así como el de los filósofos y los artistas. Los intérpretes de la religión también se caracterizan como intelectuales.

Entre las funciones más importantes del intelectual está la de operar como puente o comunicador, que se coloca entre el conocimiento y el poder, a fin de contribuir que éste conduzca al conjunto social dentro de una cierta racionalidad.

La racionalidad que proporcionan los intelectuales entraña la formulación de principios, la elaboración de programas y estrategias de conducción política. En relación con esa tarea aparece otro elemento fundamental para entender las relaciones entre el mundo político y el intelectual. Particularmente ocurre esto cuando tocamos el tema de la democracia. Como dice el politólogo español Fernando Vallespín, glosando la obra fundamental de Giovanni Sartori, *Teoría de la democracia*: "Aunque los procesos políticos sean en gran medida producto de fuerzas sociales ciegas, la democracia depende, más que ninguna otra institución, de la *fuerza de las ideas*."³ La democracia representa una tensión entre hechos y valores, nos dice el propio Vallespín. Y hay que agregar que los valores son relativamente duraderos, mientras los hechos, las circunstancias, cambian constantemente.

Lo que se conoce como democracia es un conjunto de principios y reglas que se establecen para cumplir los primeros, pero ellos se van aplicando de manera distinta. Los programas políticos que actualizan y adaptan los principios democráticos, requieren intelectuales que estén pendientes tanto de los valores como de los datos de la experiencia.

³ "La Democracia como proyecto inacabado", Revista *Claves de razón práctica*, núm. 13, Madrid, junio de 1991. El libro de Sartori está publicado en 2 tomos por Alianza Editorial de Madrid, 1988.

La racionalidad no la proporcionan los intelectuales sólo a través de programas políticos, sino también aportando sus perspectivas, explicaciones y justificaciones para lograr el sostenimiento de la *legitimidad* del poder. Este elemento, como lo mostró Max Weber, implica una adhesión de los gobernados: su obediencia proporciona un respaldo a la autoridad, la cual no es ya mero poder desnudo, sino reconocido y aceptado, es decir legítimo. Weber advierte que la legitimidad de un orden social puede estar garantizada de maneras diversas: la entrega sentimental o la aceptación del poder por un acto racional que se ajusta a valores. Esta aceptación puede producirse en función de una creencia religiosa, por expectativas de obtener bienes o proteger intereses.⁴ Como se ve, las fuentes de la legitimidad y de la ilegitimidad son distintas y no se refieren siempre al cumplimiento de la legalidad. La acción de los intelectuales para impulsar la legitimidad o legitimación de un poder, se da más claramente en la construcción de una racionalidad que se guía por valores y aduce argumentos científicos y humanísticos para tal propósito.

La legitimidad ha venido siendo un elemento cada vez más importante en las democracias. No sólo para entidades del Estado, sino también para los partidos políticos y otras instituciones sociales que se relacionan en sus tareas con sectores amplios de la población, entre los que destacan los medios masivos de información.

III. LOS INTELLECTUALES EN MÉXICO

En nuestro país destacan algunos intelectuales que han jugado los papeles descritos. Algunos se vincularon y encabezaron corrientes políticas que influyeron en la organización y conducción de la nación independiente. Me referiré a tres de distinta filiación, época y calificación para ejemplificar: Lucas Alamán, historiador y economista pionero, impulsor de la industria y líder conservador de las primeras décadas del siglo XIX; Gabino Barreda, educador positivista, fundador de la Escuela Nacional Preparatoria; y Justo Sierra, Ministro de Instrucción Pública y creador de la Universidad Nacional durante la última parte del porfiriato. Ellos son sin duda figuras paradigmáticas del pasado mexicano. Los tres tuvieron una clara ubicación política. Dos de ellos, Alamán y Sierra, participaron también en la acción política y asumieron responsabilidades en el gobierno. Barreda fue ante todo un educador, pero desarrolló la doctrina positivista en la que se formaría el poderoso grupo "científico" que dominó la escena pública en la última parte del porfiriato. Cada uno fue

⁴ Cfr. Max Weber, *Economía y sociedad*, México, FCE, t. I, 1964, p. 27.

conciencia conductora en la sociedad que le tocó vivir. No se les conoce como grandes opositores, pero todos jugaron un papel que es característico de la oposición: analizaron circunstancias y propusieron reformas, cambios, creación de nuevas instituciones, asimilación y adaptación de doctrinas y desarrollos culturales que provenían de otras latitudes. Al jugar esos papeles tuvieron que oponerse a intereses establecidos, combatieron creencias, costumbres y exigieron la modificación de instituciones y formas de organización de la sociedad. La oposición, a través de personajes como los mencionados, puede verse en un plano más amplio que el de la militancia en un partido opositor. La innovación social tiene que vencer resistencias fuertes y construir alternativas.

Frecuentemente los intelectuales forman grupos generacionales que se articulan en torno de un cenáculo, revista o publicación. Allí dan cuenta de sus trabajos y reflexiones. Entre los grupos mexicanos más destacados pueden mencionarse: el Ateneo de la Juventud (1909), la Generación de 1915 de la que formaron parte los llamados Siete Sabios, Los Contemporáneos (1928), el grupo Hiperión (1947) o el Espectador (1959). Hoy en día existen también grupos que giran en torno de revistas.

De estos grupos surgieron líderes que ocuparon posiciones tanto en el gobierno como en la oposición. Un buen número de los intelectuales que constituyeron e impulsaron esos grupos, lo fueron alternativamente del gobierno y de la oposición. En sus vidas reflejaron la situación cambiante. El grupo del Ateneo combatió como sabemos la filosofía positivista dominante en la segunda parte del porfiriato, lo cual permitió ubicarlo en la oposición durante esa etapa. Algunos padecieron exilio. Al iniciarse la Revolución se sumaron a distintas actividades y contingentes; al triunfo del movimiento, ocuparon posiciones de gobierno, diplomáticas o de dirección de instituciones públicas. En su turno, también fueron opositores conspicuos. Tal fue uno de los casos más notables: José Vasconcelos, villista, filósofo humanista combatiente del positivismo, rector de la Universidad Nacional, primer Secretario de Educación Pública, promotor del muralismo y la educación popular, y después, primer gran opositor de los gobiernos posrevolucionarios. El caso de Vasconcelos ilustra circunstancias en las que un intelectual va de la oposición al gobierno: al triunfo de la Revolución, experimenta el primer cambio y se vuelve la principal figura gubernamental de la educación y la cultura en el gobierno de Obregón (1920-1924), operando como un gran innovador que promueve una nueva conciencia humanista. Después, recorre el camino contrario: lanza su candidatura presidencial opositora, con la convicción básica de que había que moralizar a los regímenes revolucionarios, que habían caído en la corrupción y el autoritarismo.

Entre los intelectuales que formaron parte del Ateneo, los hubo que poco se quisieron conectar con la actividad política. Entre los más destacados están Alfonso Reyes y Antonio Caso. El primero, por el trauma que le produjo el asesinato de su padre el general Bernardo Reyes durante la Decena Trágica. Don Alfonso aceptó participar en el servicio diplomático; también tuvo un papel destacado en la fundación de El Colegio de México, institución académica que ha sido señera para la formación de cuadros intelectuales en las ciencias sociales y las humanidades. Don Antonio Caso pensaba que el trabajo intelectual no debía contaminarse con la militancia política. Fue un intelectual puro, si bien influyó considerablemente en la reflexión pública. Entre los intelectuales del Ateneo que ocuparon posiciones de gobierno pueden mencionarse Alfonso Cravioto, Antonio Mediz Bolio, Martín Luis Guzmán e Isidro Fabela.⁵

Entre los intelectuales de la Generación de 1915, también encontramos algunos ejemplos interesantes y destacados de quienes asumieron alternativamente posiciones de gobierno y oposición. Vicente Lombardo Toledano y Manuel Gómez Morín, fundadores de dos partidos opositores de distinto signo, fueron antes colaboradores destacados del régimen posrevolucionario, educadores y constructores de instituciones públicas. Lombardo fue director de la Escuela Nacional Preparatoria y Gómez Morín lo fue de la Escuela de Jurisprudencia y rector de la UNAM. Las vidas paralelas de estos intelectuales políticos han sido estudiadas por Enrique Krauze en su magnífico libro *Caudillos culturales de la revolución mexicana*.⁶

La Generación de 1915 se formó fundamentalmente en México. Sus integrantes hicieron sus estudios mientras la lucha revolucionaria se escenificaba. Fue una generación adolorida, lacerada por la destrucción y al mismo tiempo que despertó al conocimiento con grandes expectativas de reconstrucción del país en la justicia y la libertad. Uno de sus líderes principales, Manuel Gómez Morín, definió el camino de esa generación con una palabra, la *técnica*, entendida de una manera peculiar. En pleno periodo de reconstrucción nacional (1926) durante el gobierno de Calles con el que colaboró destacadamente, este personaje fundamental de la oposición en México la definió así:

No positivismo ni pragmatismo siquiera. Es posible otro camino: el de la técnica. Técnica que no quiere decir ciencia. Que la supone; pero a la

⁵ Cfr., E. Suárez Iñiguez, *Los intelectuales en México*, México, El Caballito, 1980, p. 21.

⁶ México, Siglo XXI Editores, 1976.

vez la supera realizándola subordinada a un criterio moral, a un ideal humano. Técnica que no es tampoco positivismo; que conoce y postula otros valores para el conocimiento y para la vida y sabe la honda unidad que existe entre todas las manifestaciones del espíritu: música y filosofía, ciencia y pintura, arquitectura y derecho. Conocimiento de la realidad. . . Dominio, por último, de los medios de acción. Pericia en el procedimiento que haya de seguirse para transformar los hechos según el tipo que proporcione el propósito perseguido.⁷

Mucho habría que decir de Lombardo y Gómez Morín, personajes que fueron alternativamente constructores del Estado posrevolucionario, y después fundadores de sendos partidos opositores que han signado la vida política de los mexicanos en las pasadas décadas. Pero ahora lo que quiero destacar es que ninguno de ellos dejó de ser intelectual, aunque tuvieron temporadas de intensa dedicación política.

Aunque más joven que los Siete Sabios, se considera que don Daniel Cosío Villegas formó también parte de esta generación. Cuando él llegó a la Escuela de Jurisprudencia, el presidente de la sociedad de alumnos era Manuel Gómez Morín, quien ya concluía la carrera. Trató según cuenta en sus *Memorias*⁸ a cinco de ellos muy intensamente y participó de su admiración por el maestro Antonio Caso. Cosío Villegas aceptó colaborar con el gobierno, pero se dedicó a lo que él llamaba "empresas culturales" entre las que destacan las fundaciones del Fondo de Cultura Económica, de la Casa de España transformada en El Colegio de México y de las revistas *Trimestre Económico*, *Historia Mexicana* y *Foro Internacional*. Octavio Paz en *El Ogro Filantrópico*, sostiene que "La vocación intelectual de la generación de Cosío Villegas fue indistinguible de su voluntad de reforma social, política y moral. . . En un primer momento todos ellos concibieron su actividad no frente o contra, sino dentro del Estado".⁹

Los verdaderos intelectuales nunca dejan de serlo, aunque sean, a la vez o por algún tiempo, políticos. Esta última actividad lo es por tiempos más cortos comparados con los que dedican a la promoción o investigación científica y cultural. Aun siendo políticos siguen orientando parte de su acción a la investigación y al desarrollo del conocimiento.

Lo anterior permite matizar una tesis de Max Weber en el sentido de que no se puede ser las dos cosas.¹⁰ Lo que es cierto es que en los que

⁷ Gómez Morín, M., *1915 y otros ensayos*, México, Jus, 1973, p. 32.

⁸ *Lecturas Mexicanas*, México, Mortiz-SEP, 1986.

⁹ *Op. cit.*, México, Mortiz, 1980, p. 73.

¹⁰ Weber sostiene que puede haber tensión entre la vocación del político y la del científico; y que cuando se tiene interés por las dos, como era su caso, hay que optar

podemos llamar *intelectuales políticos*, domina durante un cierto tiempo una de las actividades. Es una cuestión de acentos temporales, pero de cualquier modo, la actividad intelectual influye en el trabajo político y éste se realiza con una elaboración y justificación que no realizan los políticos que podemos calificar como más pragmáticos. Habría muchos más casos de intelectuales políticos. No puedo referirme a todos ahora. Pero hay dos que no pueden quedarse fuera de esta recordación: Luis Cabrera y Jesús Reyes Heróles.

Don Luis Cabrera es tal vez uno de los intelectuales políticos más destacados, aunque se puede pensar en él más como político que como intelectual, lo mismo que de Reyes Heróles. A diferencia de Cosío Villegas, que fue notoriamente más intelectual que político, o de Antonio Caso que fue un intelectual puro. Así presento una tipología con tres grados que combinan de manera diversa el trabajo intelectual y el político. Unos se caracterizan por el peso mayor que dieron al trabajo intelectual, y otros al político, sin dejar nunca ninguno de los dos.

Cabrera y Reyes Heróles, además, pusieron el acento en el análisis de la política, con lo cual a través de ese trabajo intelectual se mantuvieron en la escena pública como críticos, forjadores de opinión y constructores de expectativas ciudadanas. Es decir, su trabajo intelectual se refirió fundamentalmente al estudio de la política.

Don Luis Cabrera asumió la posición de opositor varias veces: lo fue en el porfiriato; después, como líder de los diputados maderistas durante la primera parte del gobierno del usurpador Victoriano Huerta; finalmente, tras haber sido, como Gómez Morín y Lombardo Toledano, un constructor de instituciones del Estado posrevolucionario,¹¹ criticó severamente a los gobiernos de Obregón, Calles y desde luego, al de Cárdenas. Esto explica que en 1946, el Partido Acción Nacional (PAN) le hubiera ofrecido la primera candidatura presidencial que ese partido se proponía lanzar.

El grupo intelectual conocido como Los Contemporáneos, tiene una caracterización fundamentalmente literaria. Sin embargo, muchos de sus integrantes ocuparon posiciones políticas y participaron en forma destacada en el análisis de la vida pública. Destacan entre ellos Jaime Torres Bodet, poeta, que fuera secretario de Educación; Salvador Novo, que estuvo entre los fundadores del Partido Popular (1948) e hizo crónicas agudas y detalladas de la acción pública; el poeta Carlos Pellicer, legis-

por una para realizarla bien. A mi juicio la decisión no tiene que ser radical y cancelar alguna en definitiva.

¹¹ Fue secretario de Hacienda de Venustiano Carranza.

lador y constructor de museos; y Octavio Paz, nuestro premio nobel de literatura que ha sido diplomático y crítico fundamental del acontecer político nacional e internacional.

El grupo Hiperión, integrado por filósofos sociales, también ha producido diplomáticos y analistas notables de la realidad política latinoamericana y mexicana como Leopoldo Zea, Emilio Uranga, Luis Villoro, Jorge Portilla o Ricardo Guerra. Este grupo se caracteriza, al igual que Los Contemporáneos, por ser más intelectuales que políticos, a diferencia de los Siete Sabios, o los miembros del grupo llamado El Espectador (por el nombre de su revista), que produjo políticos fundamentales. Entre los integrantes de El Espectador hay que mencionar a Víctor Flores Olea, Carlos Fuentes, Francisco López Cámara, Jaime García Terrés y Enrique González Pedrero, Luis Villoro formó parte de Hiperión y también de El Espectador; es un caso relevante: ha sido opositor como dirigente en las juventudes del Partido Popular de Lombardo y, más tarde, en el PMT de los años setenta. Villoro, que fue nuestro embajador ante la UNESCO sin embargo, se ha significado mucho más como intelectual que como político.

Contra lo que podría pensarse, estos grupos no tienen una uniformidad ideológica, si bien sus integrantes comparten propósitos por un tiempo significativo, e impulsan iniciativas y obras comunes. En casi todos los casos podemos encontrar que hubo una integración plural. Es decir, los intelectuales han mostrado sin saberlo un camino a la sociedad, que es el de la pluralidad y la tolerancia. En el Ateneo y en todos los grupos que he mencionado, había integrantes con distintas posiciones filosóficas o religiosas. Sin embargo, estuvieron unidos por intereses políticos o estéticos. Los Contemporáneos se vinculaban por su interés esencial en la literatura, y consideraban con gran peso las reflexiones de Ortega y Gasset. Los de Hiperión eran filósofos y fueron conducidos por José Gaos, maestro del exilio español. Todos ellos tenían y manifestaron un gran interés por el pueblo mexicano, sus problemas fundamentales, cultura, identidad, independencia y desarrollo libre.

Los grupos intelectuales de nuestro tiempo se organizan sobre todo a partir de las instituciones académicas, si bien siguen articulándose a través de revistas, editoriales, publicaciones, cenáculos y ahora también a través de medios de comunicación masiva. Revistas como *Vuelta*, *Nexos*, *Este País* o el diario *La Jornada* siguen siendo espacios articuladores de grupos intelectuales plurales en términos generales. En ellos se encuentran miembros del partido oficial y de la oposición, así como intelectuales independientes.

Hoy en día hay una tarea fundamental que puede reunir a los intelectuales: el tránsito democrático. Es el gran reto político. Algunos de ellos militan ya en partidos opositores de diverso signo o trabajan para el gobierno y aun para el partido oficial. Otros se mantienen al margen de la militancia partidaria. Todos ellos pueden contribuir en el alumbramiento democrático de México. Hay tareas fundamentales que todos pueden emprender. A continuación las enuncio, a sabiendas de que no tengo ahora espacio y tiempo para desarrollarlas:

a) Análisis honrado, claro y sistemático de las condiciones sociales, económicas y culturales de la democracia. Ese conocimiento es indispensable para calcular la viabilidad de un proceso profundo de democratización.

b) Estudio de las formas y reglas a través de las cuales se pueden hacer viables los principios democráticos, en la inteligencia de que ellas deben ser adecuadas a nuestra realidad, tradición e historia política. Esto alude a lo que Gómez Morín llamara "dominio de los medios de acción. Pericia en el procedimiento que haya de seguirse para transformar los hechos. . ."

c) Divulgación de los análisis anteriores y contribución a que las fuerzas democráticas acuerden los caminos viables y no sólo declarativos o contestatarios para lograr el tránsito democrático. Esto implica una gran responsabilidad.

Los intelectuales democráticos no deben impulsar la contraposición de las fuerzas democráticas. Algunos de ellos no han entendido o han sido incapaces de asumir esta tarea sustancial. Prefieren desahogar sus fobias, presentar sus posiciones independientemente de la descalificación de otros actores también democráticos, lo cual favorece la permanencia del autoritarismo político del régimen vigente.